

# Adrián Huici. Dos relatos

Objektyp: **Group**

Zeitschrift: **Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales**

Band (Jahr): - **(2004)**

Heft 4

PDF erstellt am: **13.09.2024**

## **Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

## **Haftungsausschluss**

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Adrián Huici  
*Dos Relatos*

UNO: GUERRA FLORIDA

*Se sintió alzado, siempre boca arriba,  
tironeado por los cuatro acólitos...*

**Julio Cortázar**

Otra vez boca arriba.

Nuevamente lo llevan, y siempre boca arriba, los pies desnudos y la cabeza colgando hacia atrás, casi inerte. Siempre así, por repetidos pasillos, tras la línea roja pintada en el suelo de cemento húmedo. Ida y vuelta boca arriba. Pero qué puede saber él de ese regreso donde todo se reduce a un amasijo de músculos arrojado al fondo de su celda y a un cuerpo largo rato sin control, presa de un temblor ingobernable. Sin embargo, no le resulta difícil imaginar el trayecto de vuelta, siempre igual, con el mismo cemento doloroso en los pies y el mismo retumbar de botas y portazos de metal.

Ahora, lo único nuevo es la certeza de que ya no habrá muchos viajes más: lo siente en ese cuerpo cada vez menos suyo, en esa mente que se le diluye un poco cada día; pero hasta el final será boca arriba, boca arriba y en la noche de la celda, de la capucha ritual o de los ojos muertos. ¿Está lista la máquina ya, Solís? Bueno, súbanlo: me parece que hoy nos vas a cantar algo, ¿eh pajarito?

Otra vez piedra y metal lacerando la espalda, las correas en tobillos y muñecas, el estropajo en la boca, la luz cegadora, aun tras la del trapo negro que cubre los ojos, los tirones y el cuerpo tenso hasta lo insoportable. Pero ¿queda algo a lo que pueda llamarse insoportable ya? El quirófano ya está preparado, señor, y creo que los muchachos también. ¿Trujillo? Listo señor ¿Magallanes? Aquí estoy ¿González? Preparado. Bien, empecemos con la operación de hoy: Trujillo, agüita, y los labios abriéndose y cerrándose en un grito mudo y el estómago contraído, esperando el chorro de agua helada. ¿Cierto que hoy vas a cantar? Cantar, contar, pero ¿qué? Ellos no entienden. Hoy te queremos escuchar, así que prepárate ¿Qué es lo que quieren escuchar? ¿Qué sonido podría emitir esa

boca inundada por una lengua hinchada y reseca? Además, no tiene nada que decir, y aunque quisiera, tampoco podría, así, en la oscuridad y boca arriba, no comprenden que así no... flotando en el espacio, sin arriba ni abajo, ni norte, ni... no, de nuevo no, eso no. Pero sí, otra vez, hoy no te dejaremos hasta que lo vomites todo, perro; sí, de nuevo los cables desnudos sobre la desnudez del cuerpo. Magallanes, adelante, bien ajustados. A la orden: este cablecito en el dedito, este en los tobillos, este en la orejita ¿por qué no hablás y nos ahorrás el trabajo? y este... No, ahí no por favor, otra vez ahí no. Adivinaste, en los huevos, te los vamos a achicharrar zurdo de mierda. Van a ver cómo hoy nos cuenta todo el jodido este, lo que sabe y lo que no también. Bueno, basta de risas: Solís, máquina.

Y comienzan las descargas, sucesión ininterrumpida de estallidos solares que le pulverizan los huesos, ¡cantá!, más y más intensos, ¡cantá, carajo! más explosiones, que cantes de una vez, te digo, otra y otra, serás cabrón, y un olor insoportable que flota en el aire ¡máquina! ¡máquina! El hedor de ese cuerpo, boca arriba sobre la mesa de piedra, más fuerte, rodeado por máscaras y manos que gritan y desgarran con un instrumental inverosímil: como no hables ya callarás para siempre, que decía el cura, los oídos perforados por un zumbido que brota de su propia cabeza, o de la máquina, ¿o es una ambulancia? ¡Basta, por favor! ¡Habla de una vez! Por favor, más explosiones y neuronas que vuelan por los aires, explosiones, más fuerte, y otra y otra, el cuerpo que se retuerce y salta sacudido por una voluntad ajena a la suya, y le tironea las muñecas y los tobillos, y le hace correr un rojo tibio desde las correas de cuero. ¡Habla basura!, y más relámpagos, y el zumbido y los tirones, hasta que todo comienza a volverse blanco, pegajoso, como no hables hoy te achicharramos, espeso, el aire cada vez más denso, irrespirable, un cortina que amortigua la insistencia de esas voces: nombres, queremos nombres. ¡Solís, al máximo! y ese cuerpo que se desintegra en un rompecabezas con el mismo dolor reproducido en cada pieza, nombres y explosiones, sin parar, a eso se reduce todo, y no puede pensar, ni hablar, no puede ser otra cosa más que una masa dolorida, nada más, un solo nombre, la voz ahora seductora, un solo nombre y te desconectamos, ¡otra, otra! por favor, quiero otra descarga, la última, la que lo sumerge en una marea creciente que sube y sube, hasta que inunda su cabeza y lo separa del cuerpo y del mundo y ahora sí, todavía boca arriba, la noche por fin.

Desde su flotar indoloro, rozando el techo, puede verse

acurrucado en el camastro, las rodillas encogidas, casi tocando el pecho, las manos entre los muslos. Planea sobre esa carne adormecida describiendo círculos cada vez más lentos y más bajos; comienza a distinguir, ya con nitidez, el rostro contraído en la última mueca esculpida por la última descarga, y su vuelo se hace pesado, atraído por la carne palpitante que lo arrastra hacia abajo, más y más abajo, y lo arrebatada de la noche sedosa hasta el relámpago blanco y los ojos abiertos y la luz quemando sus pupilas; el dolor latiendo en cada célula, la luz hecha dolor. ¿Así que tenés fiebre? Reventá, degenerado. No quisiste hablar, ahora te aguantás. ¿O es que vas a pedir...? Ché, Solís, creo que el paciente quiere un médico; parece que no le gusta nuestro tratamiento, miralo vos al mierda este desagradecido. Ya no queda agua en la lata oxidada y hasta mañana no le vuelven a traer más; le quema la garganta y esa vejiga a punto de reventar. Pero no tiene fuerzas para arrastrarse hasta el cubo maloliente del rincón. Tendrá que aguantar: dos horas para que las piernas vuelvan a moverse, todavía un rato más para que las sienes se liberen del martillar incesante y, por fin, los pulmones ya sin ese ardor que enciende un fuego en cada bocanada de aire: total, tres o cuatro horas. Para entonces, sus esfínteres ya habrán claudicado. Para entonces, posiblemente, volverán a buscarlo.

Pero ahora, además, tiene mucha fiebre, el abdomen más hinchado que nunca y las piernas cada vez más ajenas. Su cuerpo apenas le pertenece, se lo han apropiado ellos, le han quitado todo. No, todo no, casi todo, porque los recuerdos no, todavía no, por el momento, el viejo y la vieja son suyos, ellos con el patio de tierra y el emparrado, y el jardín, ellos con Luisa abonando canteros y trasplantando qué sé yo qué, gladiolos o algo así, explicándole a mamá, siempre tan práctica ella, que si los ponés aquí se pueden marchitar todos. Pero ¿qué sabrás vos de jardinería? Dejá a la vieja en paz, que ella es la que entiende de esas cosas, y de paso parás de hablar como un loro, que no me puedo concentrar. ¡Ah, claro, perdón, mil perdones! Siento mucho perturbar tus lecturas, hermano del alma, sí, sí, callate, mami, que tu hijito tiene que leer tumbado en el césped, panza arriba, así como lo ves, meditando sobre un mundo sin clases, sin ricos, ni obreros explotados, como si supiera algo de trabajo y obreros: mirá, mami, mirá las manos de señorito que tiene ¿de qué obreros es que hablás vos, nenito bien, si nunca has visto una pala o un martillo a menos de dos kilómetros de distancia? Callate vos, burguesita de jardín: en primer lugar, deberías saber... Siempre fue así con Luisa: si yo blanco, ella, negro;

seguro, como decía el viejo: el día que dejen de pelear empezaré a sospechar que no son hermanos, perro y gato, siempre, pero la cara que tenía aquella noche, y los dedos hundidos en su brazo, porque a él no, a él no, es mi hermano y ustedes son unos mierdas que no se lo llevan a ninguna parte...¡Asesinos! les gritó mientras lo arrastraban hacia el coche (qué iba a hacer ella contra cinco gorilas), y antes de que lo sumergieran en la negrura viscosa de la capucha alcanzó a ver cómo los viejos tuvieron que sostenerla antes de que se viniese al suelo, desmayada por el culatazo.

Por lo menos a ella no se la llevaron, un alivio, solamente a mí, o eso creo. No, no, a ella por qué, seguro que ahora estará en casa, acompañando a los viejos, dándose ánimos, esperando ¿se imaginarán? Todos juntos, en el comedor, el viejo con su pipa entre las manos, como siempre, como en las interminables sobremesas del domingo, después de los tallarines, cuando empezaba con sus discursos: mirá, Juanjo, vos sos demasiado idealista, no, no, si me parece bien, es más, creo que así debe ser en cualquier joven, pero idealista no tiene por qué ser sinónimo de imprudente, ¿me entendés? Estamos en 1972, todavía falta para las elecciones, sí, sí, ya sé que los peronista van a arrasar, pero todavía vivimos bajo un gobierno militar, no es ningún secreto que ni a los propios milicos les gusta el jueguito de Lanusse, Perón todavía está en España así que, en una de esas, como otras veces: golpe interno, patada en el culo a Lanusse y adiós a las elecciones, a Perón y a la revolución, y vos sabés muy bien que en esos casos, los primeros en caer son los universitarios; por cierto, todo eso en el supuesto de que Perón verdaderamente sea la vía para la revolución, porque, que querés que te diga, para mi siempre fue un fascista, un fascista autóctono, obviamente, y no hay nada que me indique que ya no lo es. Pero papá, vos no entendés: la militancia, eso es lo que cuenta, la militancia: nunca antes los jóvenes hemos participado como ahora; hay una táctica en Perón, y una estrategia, algo que vos no comprendés porque te quedaste en el 45, hay un nivel de compromiso que no podés ni imaginar. Lo imagino, Juanjo, lo imagino, militancia sí, quién te dice que no, compromiso, lucha, todo lo que quieras, pero con cuidado, no estés poniendo la cara por todos lados, los milicos todavía tienen la manija...

No, los recuerdos no, todavía puede enfocar su mente y detener la película en algún lugar, en algún momento, casi siempre en casa, con los viejos y Luisa, también con Mario que ya la andaba rondando, y los gritos, la euforia: ¡Se van, se van y ya nunca volverán! ¡Se van, viejo, los milicos, se terminaron los gorilas,

nosotros los echamos, sí, sí, nosotros, los soldados de Perón, viejo, militares nunca más! Pero el viejo es cabeza dura: a mí me parece que el voto de la Juventud Peronista vale lo mismo que cualquier otro, ¿no? Pero, escuchame, viejito retrógrado, ¿quién forzó las elecciones, eh? Decime, si no es por la presión del Movimiento, ¿vos creés que los milicos aflojan así, porque sí nomás? No sé, la cosa no es tan simple. Pero, viejo, si vos sabés mejor que yo que el poder no se suelta porque sí, y si los milicos lo largaron fue por... Sí, ya lo sé, únicamente por ustedes. Con vos ya no se puede hablar ¿Se van, se van y ya nunca...! Sí, los cantos, las banderas, todo bulle en su cerebro, la fiebre que quema y quema y los gritos. Gritos ajenos que retumban por los pasillos y gritos suyos, boca arriba. Gritos de rabia e impotencia aquella mañana de marzo del 76: ¿Será posible? ¡otra vez los milicos! Y claro, cómo no va a ser posible, si la culpa es de ustedes. ¿Qué estás diciendo? Eso, hermanito militante, que si ustedes no se hubiesen mandado las cagadas que se mandaron los militares no daban el golpe. Pero, cerrá esa boca, querés, y el viejo terciando: aquí nada de peleas hoy, que la cosa está ya bastante mal como para que ustedes la empeoren, ¿o no se dan cuenta de lo que está pasando? Estuve pensando, Juanjo, que vos te podrías ir una temporada a Río Negro, al campo del tío Gregorio, unos meses nomás, hasta que la cosa se calme un poco. ¿Me estás sugiriendo que me esconda...?, pero, qué hice yo; si me agarran a mí, entonces tienen que meter en la cárcel a treinta o cuarenta mil tipos, eso es demasiada gente, no pueden hacer eso... Qué ingenuo sos, Juanjo: ¿no te das cuenta de lo que son estos fanáticos? Sean lo que sean, yo no hice nada. ¿No escuchaste lo que dijo el general ese, como sellame, sobre el rosario y el fusil contra la marea roja? Pero, si dicen que Videla es supercatólico, de comunión diaria. Eso es, precisamente, lo que me preocupa, Luisa. Vos lo sabés muy bien viejo: yo he militado, pero con las ideas, nunca con armas, no hice nada, no ¿qué hacen? ¿de qué se me acusa? ¡a mí no, no me lleven! ¡No, a él no! Es mi hermano.

La vejiga vacía le produce una sensación de bienestar inaudito, a pesar del líquido rojizo, que ha brotado penosamente, y de la fiebre que le pone brasas en las sienes. Dos pasos y ya está contra la pared lateral, la que no llega al techo y comunica con la celda vecina. Construcción apresurada, mucha demanda: era lo que le había dicho Paco desde el otro lado del muro cuando reaccionó, después de su primera sesión: no vayas a creer que es para favorecer el diálogo. ¿Un año en este agujero, Paco? Uno, y no te

asustes: Guillermo, el que estaba antes en tu celda, se tragó dos. ¿Dos años? Y tres meses: llevaba la cuenta a rajatabla. Dios, eso es algo que no me entra en la cabeza, pero ¿y dónde está ahora el Guillermo ese? Paco, te hice una pregunta, Paco, ¿te has vuelto sordo? ¿Dónde está Guillermo?

Con los días y los meses, la voz de Paco, desde el otro lado de la pared, se le hizo imprescindible, como esa botella de agua, ahora vacía. Sin ese maldito optimista ya estaría muerto yo; pero él nada, hay que aguantar Juanjito, no podemos darles el gusto de aflojar. ¿Cuatro años ya? y qué, ¿qué son cuatro años para un pendejo como vos? nada. Contentos tenemos de que no nos cambiaran de celda: por lo menos podemos hablar. Él es el culpable de estos años de pesadilla ininterrumpida, si no fuera por él habría muerto el primer día, me habría librado enseguida; por él me he tragado todo esto, y para nada porque al final está claro que de acá no salgo. ¿Qué haría si se lo llevan? Mejor ni pensarlo.

Tiene que apoyar las palmas contra la pared porque el mareo no se le ha ido del todo. Juanjo, ¿cómo estás? No aguanto más, Paco, la próxima ya no. Callate, no digas pavadas. Te digo la verdad, me dejaron mal esta vez, meo pura sangre. Tenés que aguantar, escuchá bien lo que te voy a decir: los milicos se caen. Sí, sí, como te digo. ¿No me creés? No es por darte falsas esperanza, escuchá: anoche trajeron a un detenido reciente y no sé por qué lo pusieron aquí, del otro lado, así que con mucho cuidado pude hablar con él, y me contó, viene de afuera y sabe. Hay elecciones, flaco, los milicos perdieron una guerra, agarrate fuerte, con los ingleses, en las Malvinas, y están muy desprestigiados. ¿Entendés lo que te digo? Elecciones. ¿Y sabés por qué lo detuvieron a él? Una manifestación, lo engancharon pero, ¿te das cuenta lo que significa eso? La gente está en la calle, las madres reclaman a sus hijos, sí, sí, a vos, a mí, a todos, los obreros hacen huelgas, los estudiantes protestan... El flaco dice que esto no va a durar mucho más y seguro que nos sueltan, Juanjito, vas a ver que antes de un mes estamos afuera. Ah, ¿sabés lo que cantan los muchachos en la calle?: “Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar”.

Las paredes y el techo se bambolean de un lado al otro y empiezan a girar: el camastro, la puerta de hierro, el balde rojo, todo pasa frente a sus ojos perdidos. Resbala lentamente contra el muro y se queda allí, sentado en el piso mojado, la cabeza entre las rodillas, las manos cruzadas sobre la nuca. Che, Juanjo, ¿qué te pasa? Hace como una hora que te hablo y vos nada, ¿te parece poco lo que te estoy contando? Juanjo, escuchame, Juanjo, por favor, no

me vas a dejar ¿eh?, ahora no, desgraciado. Pero la celda no deja de moverse y Juanjo está atrapado en una rueda que gira y gira y por sus ojos cerrados siguen pasando y confundándose, en una sola mancha, puertas y paredes, el jardín con parrales con el viejo y su pipa, el camastro, el coche verde oscuro que lo sumergió en la noche, Luisa y Mario y las explosiones blancas, una plaza repleta de banderas y pancartas, los cables pelados en su cuerpo y los volúmenes ya incontables de su biblioteca, el líquido rojizo humeando desde un balde oxidado, su madre hundiendo las manos en la tierra húmeda y todo flotando y pasando, una y otra vez, girando cada vez más rápido hasta terminar en una vertiginosa masa blanquecina donde no queda nada, sólo la voz de Paco chillando desde su celda: se va a acabaaaar, se va a acabaaaar...¡Basta, todo el mundo en silencio!

Ya me llevan, Paco, es la última, la última, ya no lo resisto. Tenés que aguantar, pibe, acordate de lo que te conté, un esfuerzo, Juanjo. Pero él sabe que esta vez será sin regreso, sin náusea y sin marea blanca, se termina, por fin. Ese portazo es el último, y esas voces que lo llaman, esas manos que ya tiran de su cuerpo y, boca arriba como siempre, lo arrastran por el pasillo y lo acuestan nuevamente, como cada vez, para que el ritual vuelva a empezar, repetido, inacabable. Aunque ahora no, ahora está la certeza de que se acaba y de que es la última vez que alcanza a vislumbrar los rostros cubiertos con mascarillas que rodean la camilla, y se inclinan sobre él con instrumentos brillantes en las manos, pero con una luz blanca y suave y unos dedos femeninos que limpian la sangre reseca, y suturan, y vendan, Paco, Paco, me están lavando y hay un doctor, uno de verdad: pastillas amarillas cada seis horas, blancas cada ocho y ojo con el suero, que el chico está deshidratado, Paco, Paquito, era cierto, sábanas blancas y limpias, una cama tibia y lo mejor: la rueda ya no gira, se paró, Paco, la rueda está quieta.

Todavía no se lo cree, aunque se ha cansado de tocar a los viejos, y de besarlos, y ha sentido las lágrimas tibias de Luisa en su cara, y el perfume de los jazmines en el patio (¿viste cómo han crecido?), no lo cree. Se ha tomado todos los mates del mundo, ha fumado sin parar, ha comido interminables asados, y milanesas, y naranjas, y todavía le cuesta creerlo. El viejo le muestra los recortes del *Clarín* donde lee que la guerra se ha perdido, que pronto habrá elecciones, que madres y abuelas no se cansan de reclamar, que el gobierno se tambalea y que la democracia ha vuelto a la Argentina. Lee y relee, pero cada mañana, al despertar, sólo puede controlar



el desenfreno de su corazón cuando comprueba que es su cuarto, su cama, sus libros, y que lo único que gira son sus ojos confirmando frenéticamente que todo está en su lugar.

El cuerpo tarda en recuperarse, las piernas suelen abandonarlo y el calor de ese enero se le hace difícil de sobrellevar. La playa es lo mejor, Juanjo, el sol y el aire marino te van a dejar como nuevo. Siempre le gustó la playa, y ahora más que nunca: caminar descalzo por la frescura de la orilla, junto a la espuma de la rompiente, o mirar las evoluciones de las gaviotas, allá arriba, tan lejos, tan ajenas a la tierra, o tumbarse en la blandura de la arena seca, con un libro detenido siempre en la misma página, y quedarse mirando el mar mientras el sol desaparece por el horizonte, acompasando su respiración con el ir y venir de las olas, hasta que las sombras lo alcanzan y lo despiertan. Entonces se incorpora y emprende el regreso a la casa (“primera línea de playa, Juanjo, especial para vos”), lentamente, sin ninguna prisa, las chanclas en la mano y la piel ardiente.

Cuando cruza el arenal ya es noche cerrada y entre las siluetas distantes distingue la luz de una ventana: lo esperan, prudentemente, sin preguntas (“vos hablás de lo que querés, y de lo que no querés no tenés que decirnos nada, eh, Juanjito”), sin apremios, con un vaso de tinto repleto de cubitos y soda y un mazo de cartas sobre la mesa: ¿un truquito, un mus?

Camina con paso lento sobre el borde de la duna, donde la arena está más firme y cuenta menos andar, pero de golpe un estiletazo en el talón le hace perder pie. Ha pisado algo, un vidrio, piensa mientras rueda por la arena hasta detenerse en la base del promontorio, con todas las estrellas en su cara y un hormigueo doloroso creciéndole por el pie, por la pierna, por Juanjo entero que ya respira angustiosamente, la sangre golpeándole las sienes, porque siente que algo se ha puesto nuevamente en marcha, algo que puede arrancarlo de ese mundo piadoso al que ya se había acostumbrado, que lo arrastra hacia unos cables y un insufrible olor a carne chamuscada, porque hoy sí que vas a cantar ¿no?; la rueda, otra vez en movimiento, girando y girando sin descanso, la rueda que se lo lleva de la playa y el mar, hasta una región sin nombre donde su cuerpo, boca arriba, como siempre, se perderá en la noche.

## DOS: IN NOMINE PATRI

Al principio eran apenas unas imágenes vagorosas a las que Mercedes ni siquiera fue capaz de llamar pesadillas o, mejor dicho, pesadilla. Porque, a pesar de sus variaciones, se podría decir que la visión que comenzó a visitarla a partir de los 12 o 13 años (o, tal vez antes, ahora no estaba completamente segura) era siempre la misma. Empezó con el color: simplemente oleadas informes y grisáceas (a veces le parecía que el gris tornaba al marrón, pero no estaba segura), que inundaban por completo el espacio de sus sueños. Poco a poco aparecieron los destellos blanquecinos y siguió después con los sonidos, algo así como un chirriar agudo y creciente completando el pulular final que terminaba por despertarla.

Se sentaba entonces en la cama, pero movida más por el sobresalto, incluso por la sorpresa de la recurrencia, que por el miedo. Con todo, a veces no podía reprimir un grito muy agudo que provocaba las burlas de sus dos hermanos, a los que oía reír groseramente desde la habitación contigua, y la presencia de la madre o del padre, que acudían a su cuarto, la calmaban innecesariamente y la arropaban como la niña pequeña que ya no era.

Es que esta niña es tonta, te despierta con unos gritos que parece que la están matando, alborota a toda la familia y cuando mamá y papá corren como locos a ver qué le pasa, pues nada, un sueño, qué sueño hija, dime, por Dios, con qué soñabas, ¿y qué contesta ella?, pues, no lo sé, papá, algo..., una cosa, unas formas...; venga, chicos, se aprovechan de Merche porque es la más pequeña y por ser mujer, pero sigue siendo vuestra hermana, así que no sigan por ahí; sabes qué papá, que para mí no le pasa nada y que monta todo ese barullo para llamar la atención; eso es mentira, papá, por qué permites que me digan esas cosas; sí, sí, eso debe de ser, como no la consienten mucho de día, también quiere que la mimen por las noches. Se acabó, ustedes dos a callar, y se me encierran en su cuarto, a estudiar ya mismo; pero, cariño, si todavía no han acabado el desayuno; pues así aprenderán a respetar a su hermana, y a la familia, ¿o es que no se han enterado de que esto es una familia y no una panda?

Pero eso ocurría hace dos o tres años. Curiosamente, ahora que podía tener motivos, ya no gritaba; sólo se limitaba a incorporarse

en la cama, a permanecer así largo rato, hasta que su corazón dejaba de golpearle el pecho y se le normalizaba la respiración. Entonces se limpiaba el sudor, que la bañaba de pies a cabeza, tendía la cama transformada en un revoltijo informe, se acomodaba el pijama y volvía a acostarse, pero ya sin descender al sueño. Se negaba a soportar por dos veces en una misma noche la visión de esas hileras de dientes que no disimulaban su voracidad incontenible, de esos ojos fríos, inhumanos, que la traspasaban con su mirada penetrante, o, peor aún, el pulular monstruoso que, como una ola, cubría su cuerpo inmovilizado por esa agitación gris (o tal vez marrón) y el chillido ensordecedor de millones de ratas. Ratas, precisamente; ni cucarachas, ni arañas, ni cualquier otro animal, no, ratas, los bichos que más asco y miedo le inspiraban. Y cuando el asco llegaba al límite, intentaba gritar pero, como suele ocurrir en las pesadillas, por más que se esforzaba no podía. Llenaba los pulmones, abría la boca y expulsaba el aire con todas sus fuerzas; podía, incluso, sentir la vibración desesperada de sus cuerdas vocales. Pero nada, únicamente conseguía emitir un grito silencioso que sólo ella podía oír, como si una mano poderosa le oprimiese la cara, los labios, el cuello. Entonces, por fin, despertaba con la garganta desgarrada por el dolor.

Aquí huele mal ...rescatados los cadáveres de siete inmigrantes subsaharianos que cruzaban el estrecho en patera. Al parecer la embarcación naufragó a pocos kilómetros de la costa de Tarifa... ¿Adónde huele mal? No lo sé exactamente, pero hace un tiempo que huele mal; venga Mercedes, yo no huelo nada, ¿no será otra de tus manías? ¿O acaso sea que su nariz es demasiado fina para soportar los aromas propios de una casa tan vulgar? ¿Ya estamos otra vez? ¿Es que no van a dejar en paz a la niña? Desayuno, almuerzo y cena, todo el tiempo metiéndose con ella; pero papá, ¿no ves que siempre tiene que hacer algo para llamar la atención?; ahora dice que huele mal, ¿tú hueles algo? ...la flota pesquera del sur lleva meses sin salir: primero ha sido el paro biológico y ahora... Me parece que ustedes dos se quedan hoy sin cenar, a ver si aprenden de una vez, si no es por las buenas, por las malas, porque estoy empezando a hartarme de que no dejen en paz a Mercedes, ni a nadie en esta casa, que no se puede ni escuchar el telediario; es verdad papá, a veces siento mal olor; ¿adónde, cariño?; pues no lo sé muy bien, unos días creo que es en la cocina...; a ver si vamos a tener un escape de gas...; otras veces lo huelo en el pasillo de los dormitorios...; mira, no te preocupes, hija, mañana llamamos a un fontanero para que eche un vistazo a las tuberías, ahora comamos en paz, que es el único

momento del día que tengo par estar con toda la familia, y tú, Juan, sube el volumen de la tele, que no me entero de nada; ...*la falta de acuerdo con el gobierno marroquí impide a la flota faenar en los caladeros más ricos. Se espera que en próximas negociaciones...* Yo esto de los moros no lo entiendo, son increíbles, por un lado vienen a matarse el hambre aquí y, por el otro, no nos dejan pescar en sus caladeros, con lo cual ellos matan de hambre a nuestros pescadores, dejan a un montón de gente en paro, hacen que el pescado cotice a precio de oro y encima, si te quejas, nunca falta un gilipollas que te trata de racista; sí, papá, pero los caladeros son de ellos ¿no?

Ahí lo tienen, déjalos salir de casa y ya están con esas ideas: ¿es eso lo que te enseñan en la universidad? ¿no te importa que nos dejen sin trabajo?; claro que me importa, papá, pero ¿de quién son los caladeros?

Los caladeros son de ellos, sí señor, y ya que son de ellos, que se los guarden adonde les quepan y que se queden todos en su país en lugar de venirse a España a quitarnos puestos de trabajo y a vender droga; ahora, ahora, ¿no lo sienten?; ¿sentir qué?; el olor, cómo apesta; oye Merceditas, ¿por qué no te callas un momento, que estoy hablando con tu hermano?

O sea que para ti inmigrante es igual a delincuente; ya está, ahora tenía que salir el otro: mis propios hijos insinuando que soy un racista, como si supiesen algo de la vida ustedes, que acaban de romper el cascarón; pero papá; lo que tienen que hacer, en vez de estar todo el tiempo pensando tonterías, es estudiar y aprobar todas las asignaturas que puedan, que yo no me sacrifico trabajando en la obra doce horas diarias para que me vengan con esas chorradas de la amnistía esa, como se llame ¿entendido?

Bueno, tampoco es para tanto, los chicos sólo querían darte su opinión. ¿Y ahora tú? ¿esta era la autoridad que había que mostrarles a estos?; es increíble, veinte años luchando para formar una familia como la gente y ahora resulta que los hijos se rebelan y la madre los defiende; pero, no te sulfures; ¿se acuerdan del padre Nicanor y lo que nos dice un domingo sí y otro también?: “El fundamento de la sociedad, la familia, se está corrompiendo, cuidado con las raíces que se pudren”, pues mira si no lleva razón, pero no se preocupen que a nosotros eso no nos va a ocurrir: les guste o no, esto es una familia, con sus normas y sus deberes, sin lugar para manzanas podridas; ahora que dices eso papi, ¿de verdad que no hueles mal?; joder con esta niña y con su nariz, pues no, hija, no huelo mal, y no me interrumpas cuando estoy hablando.

No, las manzanas podridas no tiene cabida en este hogar. Aquí no se tolera el menor desvío, no existe lugar para la menor concesión. En esto papá no puede ser más intransigente: "El árbol debe crecer recto desde el principio. Si no lo vigilas desde pequeño, luego ya no tiene arreglo: se tuerce para siempre". Cuántas veces no habrán oído el apólogo del árbol descarriado, o la invitación a la puerta: "Aquí las cosas se hacen como yo digo: mientras vivan bajo mi techo y coman de mi mano esto será así, y al que no le guste, ahí tiene la puerta", o inclusive aquello de que "...nunca se puede estar seguro con éstos: uno les inculca unos valores pero apenas salen a la calle ya se encuentran con una panda de degenerados que les esperan con la litrona o con cualquier otra mierda para meterse en el cuerpo".

Como siempre, papá lleva razón: su prédica ajusta el despertador de los dos chavales y, a las seis de la mañana en punto, su estrépito los arranca del sueño cuando les parece que acaban de entregarse al descanso nocturno: semana de exámenes, semana sin concesiones al ocio, ni a las distracciones (el televisor permanece reducido a la negrura y las salidas se limitan a dos brevísimas horas del sábado). Los dos hermanos arrastran las sábanas casi hasta el cuarto de baño: una ducha ligera y no muy caliente. Papá cree que hay que acostumbrarse al agua fría, aunque estemos en febrero, porque tonifica, despeja la mente y, sobre todo, fortalece la voluntad (una de las tantas cosas que aprendió en la mili). Y ya están los chavales, primero uno y después el otro, la respiración casi paralizada por el abrazo helado que corre por la espalda. Al último le toca enjuagar la bañera, colocar la alfombrilla en su sitio y pasar la fregona: si hay algo que odia papá es encontrarse con restos de jabón y pelos en la loza, o con el suelo húmedo.

Toda la operación en el mayor de los silencios; papá tiene el sueño ligero y cuando se despierta, como suele ocurrirle, a las tres o cuatro de la madrugada, dice que ya no vuelve a dormirse. Y como le han dicho que no es buena idea que un insomne permanezca en la cama, se levanta y contempla con envidia a su mujer (tú sí que duermes, tía, no te despierta ni un terremoto, y ella con la excusa de siempre: es por la depresión, eso me explicó el médico; ya quisiera yo estar deprimido, así dormiría como los ángeles, pero con mi trabajo y mis responsabilidades ¿quién tiene tiempo para deprimirse?), entonces sale de su cuarto, recorre la casa (más de una vez, alguno de los chicos, apremiado por la vejiga, había podido ver desde la puerta entreabierta del cuarto de baños el inevitable pijama gris deslizarse furtivamente por el pasillo de los

dormitorios), comprueba que puertas y ventanas están aseguradas, verifica las llaves del gas en la cocina (la niña dice que huele mal, pero él no ha detectado nada) y suele acabar en su sillón favorito, donde recupera el aliento, un vaso de leche en la mesilla, dando cabezadas con el periódico abierto sobre el pecho y la luz de la lámpara de pie dándole directamente en la cara, sin que ello perturbe su sueño.

Pensándolo bien, es ridículo que papá se mantenga en sus trece con eso del insomnio; por qué lo dices; pero, no te das cuenta; bueno, él dice que las preocupaciones no le dejan conciliar el sueño; en fin, eso puede ser, que tarde en dormirse es algo que le pasa a muchas personas, pero una vez que se ha dormido...; tú lo dices por la manía de los ruidos; pues claro, no se cansa de darnos la tabarra con que cualquier ruidito lo despierta y luego...; eso también le pasa a mucha gente; vale, pero él dice que si se despierta ya se desvela y no puede seguir en la cama pero, de verdad, tú sabes qué es lo que hace cuando se levanta; pues, no no sé qué hace; yo lo he visto: anda por ahí y termina roncando en el salón, con lo que lo único que hace es cambiar la cama por el sofá; a veces creo que monta toda esa historia para fastidiarnos; sabes lo que te digo yo, que llevas razón, pero que no es sólo papá, porque, qué me dices de la depresión de mamá; qué quieres decir; que a mí me resulta bastante sospechosa porque, dónde se ha visto una depresión que sólo te afecta cuando toca la limpieza, o no recuerdas cómo empezó todo.

Para Mercedes-madre todo empezó como un sueño, una pesadilla que añadía a su horror intrínseco el hecho de ser inconfesable, el no poder ni querer ella explicar qué le ocurrió aquella mañana, hace apenas dos o tres años, pero muy lejana para ella, extraviada ahora en un laberinto de noches y días del que no podía imaginar escapatoria alguna. Una pesadilla, una alucinación que comenzó de la forma más inesperada. Comenzó y vuelve a comenzar cada vez que, desde aquel día, lo intenta nuevamente, porque al terror hay que añadirle el oprobio de aparecer ante la familia como una mala ama de casa, incapaz de cumplir con una obligación tan importante y, según dice su marido, como un mal ejemplo, por eso lo sigue intentado, pero en vano, porque cada vez que levanta la tapa de la cesta de mimbre donde la familia deja la ropa sucia para que ella haga la colada, el mundo, la cocina, el fregadero, la lavadora con la tapa abierta y el jabón listo, comienzan a girar mientras sus oídos estallan con ese grito, extraño y familiar

a un tiempo, que parece surgir de la cesta misma. Entonces, Mercedes-madre se apoya contra la lavadora, para que el mareo no la derribe, aparta la mirada de esa ropa y, aunque sabe que no debe hacerlo, cierra instintivamente los ojos sólo para que se ponga en marcha el proyector con esa película de sangre incomprensible que la persigue por el resto del día.

A veces creo que esta es una familia de chiflados: papá con sus manías y su insomnio que no es insomnio, Merchi con sus pesadillas y mamá con la depre de la limpieza. La depre de la limpieza, porque, después de aquello, Mercedes-madre ya no limpia, ni friega, ni se ocupa de la ropa; claro, y los que pagamos el pato somos nosotros: no sólo tenemos que estudiar (y aprobar), también pasar la aspiradora y tendernos las camas...; bueno, no exageres que la peor parte se la lleva la Merchi, que la aspiradora la pasamos sólo los sábados y ella friega todos los días, hace la compra, a veces cocina y le toca siempre la colada; cierto, y también estudia, aunque no me negarás que por ser la mimada de papá no disfruta de algún privilegio.

Alguno tenía que tener, si puede llamarse privilegio al hecho de que le permitan dormir una hora más que a sus hermanos, que esté exenta del agua helada y, sobre todo, que algunas mañanas, solo en ocasiones que él llama especiales (a saber por qué), papá le prepare el desayuno e, inclusive, en casos de buen humor excepcional, se lo lleve a la cama. Al principio, a Mercedes le parecía que aún no se había librado del sueño, de su sueño, pero no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia de aquel pijama siempre gris, de pie junto a su cabecera, de esos dientes sonriendo casi para un anuncio de *Colgate*, y de la bandeja con el café con leche humeante, las dos tostadas ya untadas con mantequilla y mermelada e, inclusive, un zumo de naranja, una servilleta cuidadosamente doblada y el invariable: “¿Descansó bien mi palomita?”

Aunque mis hermanos hablen de privilegios, poca compensación es eso para lo que tengo que soportar: solamente quince años y ya debo actuar como una mujer, que casi llevo la casa yo sola, con quince años, que de verdad soy como quien dice una niña todavía, y los imbéciles: “Eres niña cuando te interesa, pero cuando sales con tus amiguitas y te vistes y te pintas la cara no pareces precisamente un bebé, y seguro que a tus amiguitos, a tus ligues mejor dicho, no les dices, ojo, que soy un niñita inocente”; malditos estúpidos, qué sabrán ellos, pero es mejor no contestarles, si supieran que nunca se ha dejado tocar por ninguno de sus amigos se reirían más todavía.

Ya los está oyendo: “Tú, además de niña eres tonta del culo”, o peor aún: “¿Qué pasa, que no te gustan los chicos? A ver si todavía nos vas a salir rarita, tú”. Aunque para raro, ese olor que ahora le llega en oleadas cada vez más intensas, cómo es posible que nadie más que ella lo sienta si además va a peor y ahora la pestilencia que baja por la escalera es un puñetazo en su estómago y apenas si llega al aseo de la planta baja para liberarse de esa oleada que sube, irreprimible, y que le deja los ojos llorosos, la garganta dolorida por las contracciones y un regusto ácido en la boca.

Resulta difícil imaginar una sensación más repugnante y, sin embargo, a Mercedes le recuerda algo, algo como aquellas vacaciones de Semana Santa, pero ¿qué tiene que ver esto con aquello?, sí, cuando pasaron la semana entera en Cazorla (a papá le chifla la sierra y nosotros nos morimos de aburrimiento con todos esos olivos) y a la vuelta, papá que abre la puerta de casa y aquella vaharada insoportable que lo echa para atrás: pero, qué coño es esto, y esto era que a mamá, que ya andaba un poco ida, aunque todavía no le había dado la depre, se le había olvidado guardar en el frigo los dos kilos de carne comprados aquella mañana, justo antes de salir: con las prisas y los preparativos, que he tenido que ocuparme de todo (sólo la Merchi me ayudó un poco), pues, se me olvidó. Creo que si no hubiésemos estado nosotros, papá le daba un sopapo, pero estábamos, así que se contuvo y se fue al bar: “Limpia eso porque si vuelvo y hay un poquito así de peste me voy a dormir a un hotel”. Naturalmente, nos tocó a mamá y a mí: repugnante, tuvimos que echar dos botellas de lejía y gastamos un ambientador entero. Papá durmió en casa esa noche, pero ella cierra los ojos y ve ese trozo sanguinolento y puede oler todavía la peste, la misma que siente ahora, porque a eso huele, a carne podrida.

No, no es el gas en la cocina, ni el fregadero, ni siquiera el cuarto de baños, baja por la escalera, viene del pasillo y es cada vez más insoportable. Algo huele a podrido en esta casa; pues, aquí no hay manzanas podridas, ni nunca las habrá, para eso estoy yo, para impedir que eso ocurra.

Algo se pudre en esta casa, aunque sólo Merchi perciba su peste; Merchi es apenas algo más que una niña y tiene la cabeza llena de fantasías, hoy huele a no sé qué, mañana escucha voces, pasado...pasado le echo un buen rapapolvo y se acabaron las visiones.



Hiede, y ella lo sabe, apesta y ella siente cómo la podredumbre avanza y corrompe ese cuerpo invisible. Ahora inclusive, cuando la marea gris, o marrón regresa y las ratas pululan por el sueño, con sus dientes babeantes, con los ojillos codiciosos que la miran anhelantes, la pestilencia todavía golpea su nariz y oprime su estómago. Y otra vez el espasmo y la oleada que sube hasta el borde de su boca y, por fin, los ojos abiertos, fuera ratas, fuera ojillos y dientes y rabos y, sin embargo, allí sigue, prolongando la pesadilla: ha penetrado su sueño y permanece aún en su cuarto, y Mercedes, asqueada, Mercedes furiosa, asustada y temeraria, Mercedes guiada por la mano de una intuición que la empuja a través de su cuarto iluminado por la luz tenue del amanecer, sale y avanza, paso firme, en su recorrido breve, fatal, hasta el gran armario empotrado, al fondo de pasillo y abre la puerta corredera.

Descalza, enfundada en su pijama aún desaliñado, todavía a oscuras en el pasillo sin ventanas, Mercedes se tapa la nariz y la boca porque el olor se ha vuelto denso, material, una presencia física repelente y paralizante que no quiere y quiere ver: alarga el brazo y alcanza el interruptor de la luz.

Pobrecita, niña mía, ya ven cómo llevaba razón, ahora todos bajan la cabeza, pero yo los oía, cómo se burlaban de ella: “Esta niña tiene la nariz muy fina”, qué graciosos, qué listos; vale, cariño, no te pongas así, los chavales no sabían; no me digas “cariño”, que tú también te sumabas: “Le echo un rapapolvo y se acabaron las visiones”; te repito que nadie se podía imaginar...; imaginar, imaginar, qué es lo que hay que imaginar, ahí está la realidad y lo único que tenías que hacer era prestar un poco de atención a la niña, respetarla...pero no, tú con tus discursitos: “Aquí no hay manzanas podridas” y llevabas razón, manzanas no, ratas, eso era lo que había...pobrecita, niña mía, todavía escucho ese grito y me echo a temblar.

Y ahora como está la Merchi, mamá, porque no deja que nadie entre en su cuarto más que tú; ahora te interesas por ella; bueno, vale mamá, es verdad que nos metíamos con ella, pero era sin maldad, y ahora estamos preocupados; es que estoy tan indignada: la pobre todavía sigue temblando como una hoja, y eso que ya ha pasado todo el día y se ha tomado los calmantes que le mandó el médico, y para que te enteres, no quiere ver a ninguno de los hombres (¿hombres he dicho?) de esta casa, a ver si aprenden a tomársela más en serio.

No me digan que no es increíble, en el armario, y sin que nadie

se diese cuenta; ¿pero, de verdad, nadie más que ella olía eso?; yo qué se, alguna vez a mí me pareció, pero no le di importancia; pues yo insisto, cómo es que esa inmundicia llegó hasta el armario, desde cuándo estaba allí y cómo es que nadie la había visto antes; es rarísimo, pero es posible; y cómo; suponte que quedó atrapada en el entretecho y allí estuvo pudriéndose hasta que cayó al suelo y justo le toca a Merchi descubrirlo.

Justo a ella, que odia las ratas, ella que se debate noche a noche, atrapada por el abrazo de una pesadilla infectada de roedores, ella que padecía día a día su pestilencia, tuvo que descubrir, descalza y en pijama, con la mano todavía en el interruptor, en el piso del armario, el cuerpo podrido, sanguinolento, de una rata en la que rezumaba un pulular aún más asqueroso de gusanos.

Ella que ahora, acurrucada en su cama, ve cómo la luz se marcha suavemente de la ventana, todo el día encerrada en su cuarto, la mirada clavada en la blancura de la pared: una pantalla en la que no han dejado de desfilar todas las imágenes, todas las sensaciones que desde hace tres años envenenan sus noches y su vida entera. Y no le vale cerrar los ojos, porque por allí asoma un asco aún mayor: cadáveres, gusanos, sangre podrida. No le sirve y no quiere: si se duerme la pesadilla puede ir a peor. Crece la sombra, y su cuerpo no para de temblar bajo la manta en la que se refugió desde la mañana, avanza la oscuridad, avanza el miedo, la cerrazón en la garganta, la negrura se le echa encima y va a gritar; pero hija, qué haces a oscuras; es mamá, es la luz que inunda la habitación, es una mano súbita, sorprendentemente firme: todavía tiembles Merchi, no temas, ya no volverá a pasar; es un caldo caliente que no quiere tomar; pues te lo bebes, niña, que no se puede tomar tanta medicina con el estómago vacío; voluntad irresistible de madre que ya estira la cama, hincha la almohada y vuelve a llenar el vaso de agua: aquí tienes las píldoras, vale, si no quieres no apago la luz, besa su frente y susurra un hasta mañana cariño, cualquier cosa me llamas y no te pasará nada.

Y se queda sola, sin saber cómo pasará tantas horas, tantos minutos, sin pegar un ojo, con toda esa angustia cerrando su pecho y con tanta soledad en esta noche, esperando, tal vez, que los pasos ya no resuenen para ella en el pasillo y su puerta no vuelva a chillar, cediendo al impulso de tanto anhelo vestido de sempiterno gris, o tal vez marrón.

